

Claver fue a Cartagena de Indias y allí bautizó más de trescientos mil negros esclavos. También por ellos Jesucristo había muerto clavado en la cruz.

4. La muerte y sepultura de Cristo fue real y verdadera.— ¿Testigos? El soldado que con su lanza atravesó el costado de Cristo, llegando la herida hasta el corazón, para que, si no hubiera muerto, acabase de morir. —Pilatos, que concedió a José de Arimatea el cadáver de Jesús para ser sepultado, después de cerciorarse de que había muerto preguntando al centurión.—Los príncipes de los sacerdotes, que pusieron en el sepulcro el sello del Sanedrín y guardas que lo custodiasen después de mirar y ver que estaba allí el verdadero cadáver de Cristo.—José de Arimatea, Nicodemo, San Juan Evangelista y las piadosas mujeres que lo sepultaron; y al tercer día fueron con aromas con el piadoso intento de volver a ungir el cadáver. Y en fin, la naturaleza toda, que dio testimonio de la divinidad de Cristo con los fenómenos extraordinarios que acompañaron su muerte.

5. El cuerpo muerto de Jesús y su alma separada del cuerpo siguieron unidos a la divinidad.— Es muy conocido el ejemplo de la espada metida en la vaina. Si se saca la espada de la vaina y se tiene una cosa en cada mano, la espada está separada de la vaina, pero ambas cosas, espada y vaina, están unidas a la persona que las tiene. Así el cuerpo y el alma de Cristo unidos entre sí y a la Persona del Verbo, durante su vida mortal, se separaron uno de otro a la muerte de Jesús, pero ambos quedaron unidos a la divinidad.

6. La cruz de Cristo.— «Antes que existiera la cruz, dice San Agustín, no había escalera para subir al cielo. Ahora está puesta esta escalera, que es la cruz».

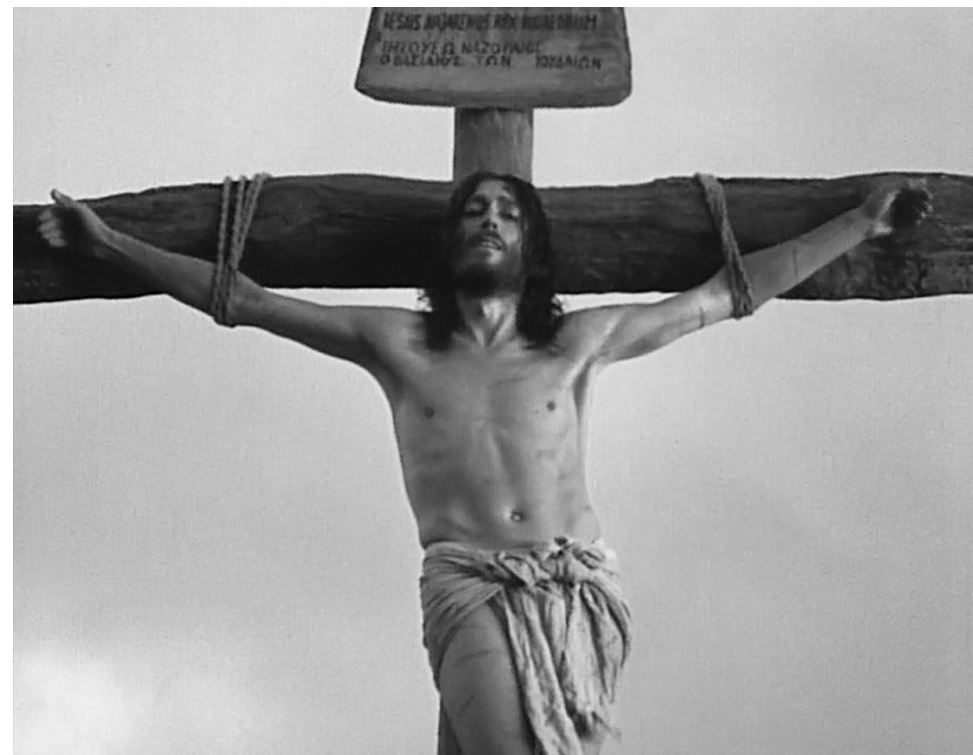
7. El Santo Crucifijo.— Una joven moribunda, que había gastado miserablemente los años de su vida corriendo tras los placeres y vanidades de la tierra, ya en el lecho del dolor, después de recibir los santos sacramentos, se miraba las manos diciendo: «Tengo las manos vacías». El sacerdote que la asistía tomó un crucifijo y se lo puso en las manos diciendo: «Esas manos ya están llenas». El crucifijo en las manos del moribundo es el mejor consuelo y el mejor tesoro. (SPIRAGO.)

LA PRENSA DE LA SAGRADA FAMILIA IGLESIA CATÓLICA EN MISIÓN LA DOCTRINA DE JESUCRISTO EN EJEMPLOS

Con autorización eclesiástica

TEMA: PASIÓN Y MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

1. Jesús nos redimió con el sacrificio de su vida.— Muchos protestantes acudían gustosos a oír los sermones del cardenal Cheverús, pero veían de mala gana un crucifijo colgado en el púlpito y se lo hicieron saber. Cuando el cardenal subió de nuevo a predicar, les dijo: «Un hombre de bien tenía un enemigo mortal, que le aguardó en cierto sitio para matarle. Cierta noble valeroso, viendo aquel atentado, se lanzó entre los dos, teniendo aún tiempo de cubrirle con su persona, de tal manera, que recibió el golpe mortal. ¡Qué heroísmo!



Un pintor, testigo del hecho, reprodujo la escena en un cuadro, que conservó cuidadosamente el que había quedado con vida. Nosotros estábamos perdidos, amenazados por los golpes del demonio y de la Justicia divina, y Jesucristo nos cubrió con su pecho, recibiendo en su cuerpo los golpes dirigidos contra nosotros. He aquí su imagen. Si no la queréis, yo la cogeré, la esconderé en mi corazón, la llevaré conmigo y moriré abrazado con este crucifijo. Ninguno me lo quitará, ni siquiera en la muerte. En el sepulcro, entre mis yertas manos, quiero aún estrechar este crucifijo. Y vosotros... ¿qué queréis?» Se oyó un grito: «¡Queremos el crucifijo!» El cardenal bajó del púlpito con el crucifijo, que todos, aun los protestantes, besaron devotamente.

«Padre—preguntaba un niño al sacerdote—: ¿Qué es eso de redimir?» Redimir significa y quiere decir *rescatar*. Verás: Hay una guerra; a unos soldados los cogen prisioneros y los llevan a un campo de concentración o a una cárcel, al calabozo. ¿Cómo rescatarlos? ¿cómo sacarlos de allí? Se puede intentar de dos maneras: o comprándolos, pagando dinero por ellos; o continuando la guerra y venciendo a los que los tienen prisioneros para quitarles las llaves, abrir las puertas de la cárcel y soltar a los cautivos.

—¿Y cómo nos redimió Jesucristo?

—De dos maneras: pagó a la justicia divina el precio de nuestro rescate con su sangre y su vida; y venció al demonio que nos tenía cautivos para ponernos en libertad.

—¿Y por qué tuvo que pagar por nosotros?

—Porque con nuestros pecados le habíamos deshonrado a Dios, le habíamos quitado la honra. Como un hijo cuando es malo, dehonra a su padre y éste se queja diciendo: «Me has deshonrado; me has quitado la honra». Y la honra de Dios vale infinito. Por eso no podíamos devolverle a Dios la honra que le quitamos. Como un niño pobre que tiene mano para tirar una piedra y romper un cristal que vale cien nuevos soles, pero no tiene dinero en la bolsa para pagar el daño que hizo. Por eso Jesucristo pagó por nosotros con su sangre y su vida.

2. Una sola lagrimita o una gota de sangre de Jesucristo hubiera bastado para redimirnos.— Y si la honra de Dios

vale infinito, ¿la sangre y vida de Jesús son también de infinito valor?

—Sí; porque Jesucristo es Dios, por eso todas sus acciones son de valor infinito; una sola lagrimita de sus ojos, una sola gotita de su sangre, hubiera bastado para redimirnos, para pagar por nuestros pecados; pero para mostrarnos su amor y la malicia del pecado, la derramó en tanta abundancia y con tan crueles dolores.

—¿Y cómo venció al demonio?

—Al pagar por nosotros a la justicia divina, salimos de sus prisiones, quedamos libres, y así le quitó el poderío que sobre nosotros tenía. Ya no es el príncipe de este mundo; Jesucristo le tiene sujeto, como un perro encadenado, que puede ladrar, pero no puede morder más que a los que se le acercan.



3. Jesucristo padeció y murió por todos los hombres.— ¿Es verdad que Jesucristo murió por todos? ¿Tan bien por los infieles que no lo conocen?—Ciertamente; Jesucristo murió por todos, también por los infieles; porque Dios quiere que todos se salven. Por eso les envía misioneros que les prediquen y les conviertan.

A San Pedro Claver, cuando se preparaba para ser sacerdote, le decía su amigo íntimo San Alonso Rodríguez, que estaba de portero en el mismo colegio: «Pedro, Pedro: ¡cuántas almas de perdieron por allá, por no tener una luz que los guíe! Y Jesucristo murió por todos.

Por muy salvajes que parezcan aquellos hombres negros, no son sino diamantes, en bruto ahora, es verdad; pero cuya hermosura resarcirá con creces el trabajo que cueste pulimentarlos.» Y San Pedro